

Javier Ors

*Cuarteto de
cuerdas*



Berenice

Copyright © Javier Ors, 2016
© Berenice, 2016
www.editorialberenice.com

Primera edición: septiembre, 2016

Director editorial: Javier Ortega
Edición al cuidado de: Ángeles López
Diseño y maquetación: Joaquín Treviño
Foto de portada: Alberto R. Roldán

Impresión y encuadernación: LINCE ARTES GRÁFICAS
ISBN: 978-84-16750-11-5
Depósito legal: CO-1477-2016

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España / *Printed in Spain*

*A mi madre,
resignado testigo de tantas
aventuras y veleidades*

Agradecimientos
para dos imprevistos compañeros de viaje

Que la vida discurre por derroteros imposibles de prever es una enseñanza vieja que a casi nadie se le escapa. El intento de evitar los azares que el almanaque trae escondido entre las hojas es, sin duda, una empresa loable, pero inútil, que no merece demasiados esfuerzos, salvo que uno viva de echar las cartas y adivinar la ventura. «Nunca digas de este agua no beberé ni que este cura no es mi padre» es una sentencia juiciosa, sabia y popular que no conviene desdeñar y que se ajusta bien al propósito de esta breve digresión. Entre las aficiones que se han cultivado en esta asendereada existencia figura la del boxeo, un deporte que practicó mi abuelo, pero que jamás formó parte de mi bagaje de inquietudes juveniles. El destino, puede afirmarse sin miedo a errar ni faltar a la verdad, me ha empujado hacia esta inesperada orilla poco a poco, con disimulo, quizá, consciente del mencionado antecedente familiar. Este ejercicio, al que se llegó ya tarde y para el que jamás se han tenido habilidades apreciables, me ha recompensado la fidelidad de todos estos años con dos insospechados compañeros de ruta:

Jerónimo *Jero* García, ayer boxeador y hoy entrenador de púgiles; actor de cine en ocasiones; presentador de televisión,

en otras; cinéfilo sin remedio; lector de Shakespeare, poeta por impulsos y hombre de fecunda y viva imaginación.

Y José María *Chema* Rodríguez, que pudo ser futbolista y eligió ser atleta; hombre de palabras calculadas y entrenamientos exigentes; preparador de futuros campeones, guitarrista por vocación y amante de la naturaleza, los ratos libres y el buen café.

Hay quien camina por el mundo sin reparar en nada y quien es honesto y agradece siempre las generosas dádivas que ha recibido, casi siempre, a cambio de nada. Aquí queda este retablo pugilístico, que, en gran parte, es deudor de lo que estas amistades me han enseñado, con mucha paciencia y sin jamás fruncir el ceño, a lo largo de tanto tiempo.

Índice

Primera cuerda: Black Ray	13
Segunda cuerda: El zurdo	63
Tercera cuerda: Camino de vuelta	127
Cuarta cuerda: Johnny Bianco	179

PRIMERA CUERDA: BLACK RAY

Black Ray, la sonrisa más blanca del Harlem, cruzó la calle con la determinación de los hombres que son dueños de sus pasos y avanzan por la senda del mundo dispuestos a cambiar el rumbo que les ha marcado la vida. Salió con sus zapatos de piqué, un amplio abrigo jaspeado y una elegante bufanda de cachemir anudada alrededor del cuello. Y el odio le metió cinco balas en el pecho antes de que alcanzara el destino de la acera de enfrente. El León de Nueva Orleans, el martillo de Mississippi, el campeón de los pesos *bantam*, quedó tendido en el suelo con el pasado auestas y todo el porvenir por delante. Creía, como los niños arropados con cariño, que los sueños se alcanzan con sólo estirar el brazo, pero la realidad vino aquella noche para desmentir su ingenuidad. Los que apretaron el gatillo pensaban que para acabar con una persona basta con el reflejo mate de un Colt y algo de templanza en la muñeca para acertar con la puntería, sin darse cuenta de que las balas jamás han detenido a nadie. Sólo suponen el inicio de una nueva leyenda.

Nació en un arrabal sin más horizonte que el yermo que deja la miseria, bajo la tutela de un padre que confiaba más en la virtud del sacrificio que en las estrellas de los horóscopos.

pos. «Con algo de esfuerzo, y arrimando un poco de voluntad, cualquiera puede conseguir lo que se proponga», aseguraba. Y, para demostrarlo, cogía entre sus manos de adulto una vieja trompeta y extraía de su interior la alegría que ninguno encontraba ya entre las baldas del hogar. Su madre había trabajado como vocalista en los mejores tugurios de la ciudad. Tenía un caudal de oro en la voz y un cuerpo entallado para el escándalo. Encontró a su marido durante una *Jam Session*, semejante a la que protagonizaron Coleman Hawkins y Lester Young en el Hey Hey Club de Kansas City. Durante esa velada, el piano se quedó sin teclas y la madrugada prendió con un ritmo nuevo y provocador que atrajo a la chusma de peor catadura que poblaban la ribera: hombres sin trabajo ni meta precisa en la vida que ocultaban su absurda andadura diaria bajo la violencia ciega que proporciona el resentimiento y el odio. Días antes, el reverendo, advertido por las puritanas almas de su fieles y apoyándose en la autoridad moral y las prerrogativas que le concedían sus votos sagrados, había censurado esa reunión libertina con palabras furibundas. Pero ni sus amenazas ni su celo religioso lograron disuadir a ningún espíritu de que acudiera a escuchar aquella música del diablo.

Ella cautivó al público con su arte para la improvisación y el refinado humor que había aprendido en esa urbe tumultuosa y de mala fama que el capricho había levantado, con escaso sentido común, a orillas de un río fértil y navegable, pero de crecidas imprevisibles. Él, sentado en un rincón, en una mesa apartada, sólo era un gandul más, otro de tantos peones con su bobalicona expresión de campesino clavada entre la frente y el mentón. Desde hace siglos, cada mañana, el almanaque rifa suertes. Pero desde hacía décadas, lo suyo era una carta marcada. Un naipe que siempre regresaba a él con idéntico resultado y desatino sin que importara quién cortara la baraja. Con los años se había conformado con ese hábito, cómodo y

despreocupado, de tirar hacia delante sin sorpresas ni sobresaltos, sobreviviendo con pequeños oficios y empleos del montón. En su alma devastada sólo había hueco para una única esperanza, la misma que conservan los que ya no tienen ánimo para seguir hacia adelante y retener más preocupaciones en el pecho: que no lo trataran demasiado bien para que, después, tampoco tuvieran motivos para tratarlo demasiado mal. «En la vida apenas hay tiempo para conseguir un par de deseos. Yo he conseguido tres: tu madre, esta trompeta y el aplomo de mis guantes de cuero».

Cruzó el umbral de ese garito atraído por el reclamo de un cartel con las esquinas mal adheridas a la pared y el indescriptible revuelo que había levantado en el pueblo la llegada fortuita de esa dama de piel caoba y pelo ensortijado que vestía a la moda y que traía con ella una banda capaz de sosegar las actitudes más alocadas y vehementes con la calidez de sus notas. Él, entonces, sólo era un púgil de tantos con la nariz achatada que apenas sabía nada del mundo; un ignorante con la inmensa torpeza de los que van por la calle con el corazón abierto y la generosidad por delante. Su único talento era la destreza de unos brazos largos y rápidos, y esa determinación que lo impulsaba a continuar, un asalto tras otro, sin entretenerse en la paulatina desfiguración que iba calando en su rostro, en el dolor que retorció sus dedos fracturados, en las sucesivas laceraciones que abrían la carne de sus pómulos y le dejaban, como recuerdo de su insensatez, las cicatrices de unas suturas torpes y apresuradas. Sin apartar la mirada de sus oponentes, aguardaba el milagro de una mano mágica que le diera el triunfo o que su terca y admirable obcecación acabara rindiendo la voluntad de sus contrincantes. Disputaba todas las peleas que le proponían sin titubear. Nunca preguntaba cuál era el nombre de sus rivales, de dónde provenían o cuáles eran los méritos que les habían llevado hasta ese encuentro. Él, resignado, sólo

saltaba al cuadrilátero con la intención de embolsarse cuanto antes ese ridículo pellizco de dinero que se entregaba al vencedor y reconfortarse con la limosna de aplausos que, después de cada *match*, recibía el afortunado que salía con el puño en alto.

Ella, al verme en medio de toda esa barahúnda, se dirigió hacia mí y me dijo: «Chico, qué haces en esta mesa, solo y sin una cerveza fría para aguantar este calor asfixiante, ¿no te das cuenta de que eso no es propio de un hombre?». Le confesé que trabajaba en una hacienda próxima por unos honorarios que no estaban mal y que en mis ratos libres me dedicaba a boxear. He protagonizado algunos de los mejores combates que se han visto en la comarca. Mañana mismo libro unos rounds con un grandullón que me ha retado. Por eso no puedo beber nada, señorita. «¿Y tampoco tiene intención de invitarme a ver esa pelea? Vaya caballeros que están hechos por aquí...». Encajé la peor paliza que jamás recibiría en un ring. Acabé tumbado en el suelo con las piernas dobladas y la expresión descosida por un swing que surgió de la nada. Desde hacía meses me encontraba en plena forma, pero esa noche mi concentración no pertenecía al reino del pugilato. Sólo tenía ojos para tu madre, pero cada vez que la miraba, al momento siguiente, estaba rodando por el heno con un carrillo inflamado o una ceja partida. Para contemplar mi derrota, ella había escogido lo mejor de su maleta: un sombrero beige, un elegante vestido rojo y ese paraguas absurdo que siempre utilizaba de sombrilla. Me tiraron en la mitad del sexto asalto. Johnson era una buena persona, pero también un tipo duro que jamás dudaba a la hora de sustituir las facciones habituales de un adversario por otras nuevas que resaltarán un poco más su personalidad. Para él no existían mejillas intocables ni barbillas que estuvieran suficientemente apartadas del alcance de sus golpes. Cuando desperté del aturdimiento, ella entretenía las manecillas del reloj enjuagando los cortes que deslucían mi

rostro con una esponja que humedecía en agua fría. «¿Dónde aprendiste a pelear, muchacho? Porque deberías reconsiderarlo». «En el campo», repuse. «¿Ahí no se canta, esclavo? Ya conoces lo que es, ¿te tarareo?». Respondí que no hacía falta y que en un arcón de madera guardaba una trompeta para aliviar los momentos amargos que trae la existencia. «¡Vaya! ¡Eso sí que es una sorpresa! ¡Y yo que pensaba que únicamente sabías caerte! ¿Y dónde compraste esa maravilla?». «Mi padre se la adquirió a un buhonero y se pasaba la mayor parte de las tardes sentado en las escaleras del porche intentando sacar una canción que había escuchado en algún sitio y que llevaba metida en la cabeza desde la niñez. Un día la interpretó desde la primera hasta la última nota, sin interrupciones, como siempre había deseado. La repitió varias veces sin equivocarse y, entonces, desencantado, me la regaló. “Aquí la tienes”, hijo, me comentó, y me la entregó». «¿Y pretendes quedarte ahí quieto sin mostrarme tu virtuosismo?». «No tendría ningún inconveniente en hacerlo, pero mi casa está a las afueras, algo apartada, y si la gente nos viera juntos allí... Aquí a la gente le gusta hablar mucho ¿Me comprende?». «Mira, muchacho, lo que realmente me ofendería es que no me deslumbraras con esos temas que sabes. Estoy impaciente por conocer qué puedes hacer además de golpear el vacío».

—Damas y caballeros, hay algo que me gustaría dedicarles esta madrugada. Es una composición del sur. Me la enseñó mi padre y a mi padre se la enseñó su padre, aunque quien realmente nos enseñó a tocarla correctamente fue mi madre (risas). Mujeres... (risas) Aquí va esta música de negros para negros como nosotros, como ustedes, como yo.

«Black Ray sorprendió al pugilismo con su pegada de hierro y al resto del mundo, con la sencillez de sus melodías».

Era un cronista veterano, un periodista con piocha cana y calva brillante que atendió las palabras de un soplón sin demasiada credibilidad. «El aspirante, comentan, actúa esta medianoche en la zona alta», y arrojó sobre el bufete una tarjeta arrugada con la dirección de un antro barrial y maloliente, muy conocido entre los vecinos por haber sobrevivido a las redadas de la policía y las prohibiciones municipales. El bochorno de las noches de verano resultaba desesperante en el centro de la ciudad, así que Michael Cheevers dejó de teclear en la máquina de escribir, apuró un trago de su copa de *bourbon*, miró la dirección con curiosidad y, después de meditarlo un rato, se convenció: «Pero qué demonios, hasta puede valer la pena». Lo encontró de pie en un estrado, cercado por la luz de los focos, sin vendas en los puños, con una camisa de hilo fino y unos largos tirantes ajustados a su pecho de atleta. El artículo debía relatar el escándalo nocturno de un púgil provinciano y gastador que derrochaba en barras apartadas las bolsas que aún no había recaudado de sus futuros compromisos.

Sería el reportaje de otro desgraciado que hundía su prestigio en la bajura de las madrugadas y el trasnoche. Nadie simpatiza con los famosos que dilapidan fortuna, reputación y esfuerzo bailando con mujeres deshonestas, y que alcanzan el tálamo de su esposa cuando millones de resignados asalariados se levantan antes del amanecer para llegar puntualmente a la oficina. Pero lo que encontró fue un chaval despojado de resentimientos, de una inesperada locuacidad y una voz más propia de un cantante que de un boxeador. Procedía de lo más profundo del país y en su baúl de hombre sin hogar traía un centenar de notas olvidadas. Afinaba su repertorio con esa tristeza que arrastran los desheredados de la tierra y las razas castigadas por la esclavitud. Esa melancolía que ayuda a sobrellevar los domingos y las jornadas sin sentido.

—El público lo quería en el escenario y también sobre el cuadrilátero. Entre las cuerdas derrochaba el mismo carisma que en esos clubs a los que le gustaba acudir de vez en cuando. Que yo sepa, jamás se compró una trompeta nueva a pesar del dinero que ganó. Se lo pregunté, ¿por qué? Pero él se reía. Todavía conservo la impresión que me causó la primera vez que lo vi: era un niño que aparentaba ser un hombre; un buen crío metido a chico malo. Cuando pienso en él, siempre vuelve a mí esa imagen.

Michael Cheevers era un hombre envilecido por el rencor, con el rostro fruncido por la envidia, que había alcanzado su prestigio, después de unas décadas de mucho esfuerzo y trabajo sin recompensa, desacreditando a los deportistas que acaparaban los titulares de la prensa. Comprobó que la dedicación y el talento no bastan por sí solos para ascender en el periodismo; que la diligencia y las horas extras no proporcionan reconocimiento ni tampoco conducen al éxito. Y, cansado de ver cómo otros, con la mitad de su inteligencia y entrega, obtenían con facilidad las consideraciones que él había perseguido desde que entró como aprendiz en la rotativa, encauzó las posibilidades que le brindaba el oficio y comenzó a escalar puestos en la jerarquía del diario. El perfeccionismo y el diligente cuidado que siempre había puesto en sus obligaciones como reportero, los utilizaba ahora para airear las confidencias de alcoba, las infidelidades y las flaquezas comunes que una persona, por el mero hecho de haber nacido, arrastra consigo. Pero, sobre todo, le gustaba sacar a la luz pública los escándalos y mezquindades que escondían esos héroes modernos que triunfaban en el béisbol, el hockey y el fútbol, y que llenaban los escaparates de las tiendas y los grandes almacenes con sus retratos sonrientes. Sus controvertidos artículos enseguida le dieron prestigio, reputación y dinero. En una sociedad que sólo comprendía el

lenguaje de la polémica, la influencia y el poder, sobresalió enseguida gracias al escándalo de sus informaciones, aunque eso conllevara hundir la carrera de unos cuantos desventurados. Sostenía que hasta las personas más bienintencionadas guardan secretos y que todo hombre o mujer, más tarde o más temprano, acaba por cometer un error. Y él se hizo la promesa a sí mismo de estar ahí para contarlo. Con esa intención, recopilaba pruebas, indicios y testimonios, verídicos o falsos, porque llegó un momento en su carrera en que eso carecía de importancia. Observaba a su víctima con el detenimiento obsesivo de un entomólogo para encontrar el instante más adecuado para publicar una crónica devastadora. Se había propuesto desenmascarar la hipocresía de esos niños altos y fuertes que todos admiraban y que apenas sabían leer, escribir o expresarse con oraciones complejas, pero que se habían aposentado confortablemente en la fama por el hecho circunstancial de haber heredado unas inusuales capacidades físicas. Él, delgado, pechihundido, un poco encorvado y con una propensión a pasar las tardes en las bibliotecas más que en las multitudinarias canchas de baloncesto, los despreciaba desde la infancia. Escribía sus noticias con el estilo que proporciona la ironía, sin retrasarse jamás en la entrega ni echarse atrás por las molestias que suelen causar los remordimientos. Deudas sin pagar, tratos con prostitutas o el apresurado abandono de una novia leal, eran datos comunes que él manejaba con acierto para arrebatar el futuro a esos muchachos consentidos, ingenuos, de caras aterciopeladas por la adolescencia y mejillas insultantemente intactas, apenas acariciadas por ninguna bofetada que no procediera del éxito. No desperdiciaba ocasión para criticarlos y vilipendiarlos de una manera cruel y así despojarlos de su fatuidad y engreimiento. Sin embargo, la inevitable animadversión que siempre le habían inspirado esos dioses presumidos jamás la sintió hacia Black Ray.